



NOTICIAS SOBRE SU VIDA Y OBRA

Seguindo la información ofrecida por E. Lodi en su obra *Los Santos del calendario romano* destacamos los siguientes datos: Nació de una familia de juristas en Reims en 1651. Después de haber estudiado en el seminario de Saint-Sulpice, en Reims, se ordenó sacerdote en 1678. Siguiendo las huellas del canónigo Roland, que se ocupaba de las clases sociales más pobres, renunció al canonicato para dedicarse a la educación e instrucción de los niños pobres (en 1679 ya había fundado una escuela para los pobres), dando inicio a la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (sólo en 1684 emitieron los votos temporales sus doce cohermanos), que ponía bajo el patronato de la santísima Virgen. Pero ya en los años 1700-1701 se presentaron las primeras dificultades para hacer aceptar el método pedagógico del fundador, entre otras cosas por la indiferencia del clero sulpiciano, porque la pedagogía racional adoptada, con la eliminación de elementos tradicionales inútiles, suponía la adopción de la lengua materna en lugar del latín. Tal método tuvo gran difusión y se convirtió en un modelo por sus constituciones destinadas a religiosos laicos.

La acción profética de este sacerdote aristocrático ha inaugurado un tipo de maestro consagrado a su misión educativa, porque ejerció una paternidad de elección que nace del amor de Cristo, que le hizo superar

las barreras que en su época se interponían entre las clases sociales; y casi sin darse cuenta, le hizo sentir la instancia de crear un método pedagógico donde están previstos los patronatos y los círculos de estudio con enseñanza fuera del horario escolar y clases dominicales, las escuelas de aprendizaje para chicos y jóvenes (de los siete a los veinte años) y los primeros centros de reeducación.

Soportó la humillación de sus familiares, que le echaban en cara sus compromisos con gente humilde, y de los mismos burgueses y aristócratas de la época, que lo acusaban de deshonar su estado canónico; sufrió hostilidades hasta hacerse condenar dos veces por la corporación de los maestros de escuela; toleró pacientemente las odiosas medidas de los dignatarios eclesiásticos (el cardenal de París fue engañado por el párroco de Saint-Sulpice, 1702), que lo destituyeron por incapaz, acusándolo incluso en un proceso (1712) de subordinar a los menores, y por fin sobrellevó las incomprensiones de sus mismos cohermanos mediocres, que lo abandonaron. Todas estas pruebas fueron como el estigma de la cruz sobre este modelo de educadores (incluso de nuestros tiempos), que murió en Ruán un viernes santo diciendo: «Yo adoro en todas las cosas la conducta de Dios a mi respecto». Era el 7 de abril de 1719. Ya en 1717 había renunciado al cargo de superior, dedicándose en ese último período a escribir obras religiosas. Fue canonizado en 1900. Su cuerpo reposa, desde 1937, en la sede romana del Instituto dedicado a su nombre.

MUESTRA DE SU CARISMA DE FORMADOR DE EDUCADORES

Caed en la cuenta de lo que dice el apóstol Pablo, esto es, que Dios puso en su Iglesia apóstoles, profetas y doctores, y observaréis que es él quien os puso en vuestro oficio. Pablo es también quien os vuelve a dar testimonio, cuando dice que hay diversos ministerios y diversas operaciones y que es el mismo Espíritu quien se manifiesta en todas ellas para la utilidad común, es decir, para el bien de la Iglesia. No dudéis entonces de que la gracia que se os ha concedido de enseñar a los niños, de anunciarles el Evangelio y de educar su espíritu religioso es un gran don de Dios, que es quien os ha llamado a este oficio.

Por tanto, los niños, que han sido entregados a vuestro cuidado, han de ver que sois ministros de Dios porque ejercéis vuestro oficio con una caridad sincera y una fraternal diligencia. El pensar que sois no sólo ministros de Dios, sino también de Cristo y de la Iglesia, os debe ayudar a cumplir con vuestra obligación.

Esto es lo que dice san Pablo cuando exhorta a que todos los que anuncian el Evangelio sean considerados como ministros de Cristo y que escriban la carta que Cristo dicta, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de

piedra, sino en las tablas de carne del corazón de los niños. Por esto, el amor de Dios debe apremiaros, puesto que Jesucristo murió por todos para que ya no vivamos para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó. Que vuestros discípulos, estimulados por vuestra diligencia y solitud, sientan que es Dios mismo quien les exhorta por vuestro medio, ya que actuáis como embajadores de Cristo.

Es necesario que manifestéis a la Iglesia el amor que por ella sentís y le deis pruebas de vuestra diligencia, pues trabajáis en unión con la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Que vuestra actuación haga ver que amáis a los que Dios os encomendó con el mismo amor con que Cristo amó a su Iglesia. Esforzaos porque los niños lleguen efectivamente a formar parte de este templo, de tal modo que sean dignos de presentarse un día ante el tribunal de Jesucristo gloriosamente, sin mancha ni arruga ni nada por el estilo, y puedan así manifestar a los siglos venideros las abundantes riquezas de la gracia que Dios os otorgó para educar y enseñar, y a ellos para aprender, todo con vistas a la herencia del reino de Dios y de Jesucristo, nuestro Señor.

(Meditación n.201, El amor de Cristo nos apremia)